

## VERSION ESPAGNOLE ET THÈME

### I : VERSION

Jaime vivía muy cerca de la plaza de España, en una calle estrecha que desembocaba en la Cuesta de San Vicente. Su padre, que debía de tener motivos de sobra para no fiarse ni un pelo de él, habría preferido que se alojara en un colegio mayor, pero al factor disuasorio del precio se unió la oportunidad de una habitación libre en el piso de alquiler donde ya vivía el novio de una de sus hermanas. El chico era tan responsable, tan estudioso, que apenas llegó a convivir con Jaime un mes y medio, porque aprobó enseguida unas oposiciones y se sacó una plaza en Murcia. Su futuro cuñado lo reemplazó a toda prisa con uno de nuestros compañeros de la facultad, Joaquín, un escultor asturiano muy tranquilo que nunca se metía en nada. Ambos compartían el piso con su arrendatario original, Miki, un eterno estudiante de Derecho que se dedicaba a trapichear y dormía casi todas las noches en casa de su novia.

—Así que aquí estoy como Dios —resumió mientras me enseñaba la casa, un piso destartado en un edificio con buena pinta, donde, naturalmente, él había conseguido quedarse con la habitación más grande—. Como convencí al camello de que a él le convenía más tener un armario empotrado...

El dormitorio de Jaime era exterior, hacía esquina y tenía dos balcones, pocos muebles y muchas cosas, organizadas según un patrón sorprendentemente estricto. Su dueño no limpiaba, pero era un maniático del orden. La cama estaba deshecha pero no había ropa por el suelo, los ceniceros estaban sucios pero no tenían colillas, los libros desbordaban los pequeños estantes de la pared pero las pilas que trepaban por los muros estaban ordenadas por temas y por autores. En un tablero muy grande, montado sobre dos caballetes, había un atril, varios montones de blocs de dibujo clasificados por tamaños, y una columna de tres cajas de cartón, cada una a su vez con tres cajones, de las que usan en los estancos para guardar los puros. Él guardaba allí los lápices, y tenía muchos, muchísimos, todos recién afilados, algunos ya tan consumidos que parecía imposible que pudiera manejarlos con sus dedos de labrador. Nunca había conocido a nadie que tuviera tantos lápices, ni un sacapuntas de esos industriales, con una manivela a un lado y una tuerca para fijarlo en la mesa. Los lienzos estaban apilados con cuidado, junto a un balcón orientado a levante, y al lado, sobre una mesa fabricada con el botín de un contenedor —el soporte de hierro de una vieja máquina de coser y un tablero de formica con la chapa levantada en las esquinas—, los tarros con pinceles, las brochas, el aguarrás, los disolventes, los botes y los tubos de pintura, formaban hileras alineadas a la perfección.

Almudena GRANDES, *Castillos de cartón* (2004)

## II : THÈME

Lorsque Cécile sortira du palais Farnèse, lundi soir, vous cherchera des yeux, vous découvrirez près d'une des fontaines en forme de baignoire, écoutant ce bruit d'eau ruisselante en la regardant s'approcher dans la nuit, traverser la place presque vide, il n'y aura plus aucun marchand sur le Campo dei Fiori, et ce ne sera que lorsque vous arriverez à la via Vittorio Emanuele que vous retrouverez les lumières et l'agitation d'une grande ville, avec le bruit des tramways et les enseignes au néon ; mais comme il vous restera une heure encore avant le repas, il est probable que vous ne prendrez point cet itinéraire trop courant, mais cheminerez au contraire longuement, lentement, sinueusement dans les petites rues obscures, votre main à sa taille ou sur son épaule, comme y chemineront les deux jeunes époux si c'est à Rome qu'ils s'arrêtent, ou comme ils se promèneront à Syracuse, si c'est jusque-là qu'ils vont, comme font tous les soirs les précoces couples romains, vous plongeant en cette diffuse foule d'amoureux comme dans un bain de jouvence, et vous irez longer le Tibre, vous appuyant de temps en temps à ses parapets pour regarder les reflets trembler sur l'eau basse et noire, tandis que montera des pontons où l'on danse la médiocre musique patinée par le vent frais, jusqu'au pont Sant'Angelo dont les statues si purement tourmentées, si blanches le jour, ne vous apparaîtront que comme d'étranges taches d'encre solides, puis, par d'autres rues obscures, vous parviendrez encore une fois jusqu'à cette épine dorsale de votre Rome, jusqu'à la Piazza Navona où la fontaine du Bernin sera lumineuse et vous vous y installerez.

Michel BUTOR, *La modification* (1957)